

LIBROS

Gonzalo Celorio

MENTIDEROS
DE LA MEMORIA

Liliana Colanzi

USTEDES BRILLAN
EN LO OSCURO

Bill François

LA ELOCUENCIA DE LA SARDINA.
HISTORIAS INCREÍBLES DEL MUNDO
SUBMARINO

Andrés Cota Hiriart

FIERAS FAMILIARES

Nuria Barrios

LA IMPOSTORA. CUADERNO DE TRADUCCIÓN
DE UNA ESCRITORA

**José Kozer
y Enrique Winter**

VARIACIONES DE UN DÍA

Gabriel Zaid

POEMAS TRADUCIDOS

ANECOTARIO

Descorrer el velo

por **Fernando García Ramírez**



Gonzalo Celorio
MENTIDEROS
DE LA MEMORIA
Ciudad de México,
Tusquets, 2022, 280 pp.

Durante algunos años, ante un grupo de amigos, Gonzalo Celorio, funcionario y escritor, leyó un conjunto de textos que ahora reúne bajo el nombre de *Mentideros de la memoria*. Mentidero: lugar donde la gente se reúne a conversar, a intercambiar anécdotas, bromas, chismes. Esta es la sustancia de la que se nutre el libro. Y un hilo conductor: la amistad con sus contertulios, con los personajes que figuran en el libro, que bien pudo llamarse: anécdotas de mis amigos.

Mentideros de la memoria es un anecdotario. No es un libro de ensayos, ni de crítica literaria, ni de relatos, aunque contenga elementos de estos tres géneros. Aunque el término aparece ya en el siglo VI (según refiere Gabriel Zaid en “Una anécdota irresistible”, *Leer poesía*), la “conciencia literaria” reconoce a la anécdota hasta el siglo XVIII como un escrito que recoge “incidentes memorables”, preferentemente inéditos, biográficos, teñidos de cierto escándalo, que es lo que le otorga su encanto y picardía. Textos ideales para leer frente a un grupo de amigos.

En México, como también apunta Zaid, no abundan los anecdotarios. Cita y encomia dos: *el Anecdotario de Manuel José Othón*, de Artemio de Valle-Arizpe, y *El folklore literario de México*, de Rubén M. Campos. Recuerdo ahora *Lo que ‘Cuadernos del Viento’ nos dejó*, de Huberto Batis, a caballo entre la historia literaria y el anecdotario. En las autobiografías y memorias, en las correspondencias, suelen encontrarse anécdotas, sobre todo de los propios autores, en

donde por regla general salen bien parados. En los *Inventarios* de José Emilio Pacheco (publicados por Era, aunque solo incluyen un tercio de lo que publicó en *Diorama de la Cultura y Proceso*) abundan las anécdotas. Pero, en efecto, el género no es muy popular entre nosotros, ¿por qué? Acaso por la invasión a la intimidad que presupone, por pudor quizá. No abunda tampoco entre nosotros la literatura del yo, ni las memorias ni las autobiografías. No nos gusta exponer lo íntimo, tal vez esto se explique por el carácter católico de nuestra cultura: la confesión de las faltas es privada, aunque esta develación de lo íntimo prolifere en las tertulias, los cafés y las cantinas, mentideros de chismes. En nuestro idioma existe una obra maestra del género: el monumental *Borges*, de Adolfo Bioy Casares.

Las anécdotas cuentan “incidentes memorables”. Pueden ser tristes o cómicas, largas o breves. Puede ser uno el protagonista u otro, célebre o no. Son relatos en los que se revela un suceso poco conocido. En ocasiones crueles o amables, de buena o mala

leche. Su final, como el de un chiste, suele ser sorprendente o paradójico. Como en el resto de los géneros literarios, no existen reglas fijas. Su lectura es ligeramente incómoda porque nos revela un ángulo poco conocido del protagonista de la anécdota. A mucha gente le disgustó el libro de Bioy Casares porque mostró que el genial escritor argentino era capaz de hacer comentarios racistas o misóginos. Siempre pensamos que Borges tenía en altísima estima a Alfonso Reyes, nunca nos imaginamos que en la intimidad lo calificaba de “ton-tito”. Las anécdotas revelan, desnudan, recorren por un momento el velo de la intimidad.

Gonzalo Celorio nos ofrece su anecdotario. En todos los casos son relatos protagonizados por personajes vinculados a la cultura, mayoritariamente escritores. Algunas veces el autor presencia los eventos que narra, en otras recoge sucesos que le contaron. Las más es el propio Celorio el protagonista de sus historias. En ocasiones se retrata como un ingenuo (como cuando lo estafan en una calle de Bogotá), en otras vanidosamente como un donjuán (con la asistente de la exmujer de Cortázar). También como un sentimental incurable (como cuando casi llora frente a la ventana iluminada del cuarto donde Cortázar escribió *Rayuela*), un bebedor olímpico o como funcionario cultural. Veladamente esta es una función de sus relatos: dejarnos ver su destacada trayectoria en el servicio público. Como al descuido nos hace ver que fue director del Fondo de Cultura Económica, director de la Facultad de Filosofía y Letras, asesor de la Feria Internacional del Libro, asesor del Canal 22, coordinador de Difusión Cultural de la UNAM, redactor ocasional de discursos presidenciales. Creo que los lectores nos hubiéramos ahorrado muchas páginas de haber incluido sus datos oficiales en la solapa biográfica del libro. Más peso tienen en *Mentideros de la*

memoria sus cargos como funcionario que su propia tarea como escritor. Solo en una ocasión menciona, con gran emoción, la contratación de su primera novela, *Amor propio*.

Pese al desfile de sus cargos, el libro no tiene un tono fatuo. El autor no imposta la voz. Los veinte capítulos de su libro son, en su mayoría, textos amenos y bien escritos. No alcanza (no creo que ese haya sido el propósito del libro) a perfilar bien su propio personaje. Una cosa es clara: Celorio es un hombre que ama y disfruta la literatura, casi como ama y disfruta el trato con los escritores.

Abundan en el libro las buenas anécdotas. Una refiere el diálogo, en México, entre Arreola y Borges, cuando el argentino comentó “que Arreola solo le había permitido intercalar uno que otro silencio”. Otra cuenta cómo el mismo Arreola interrumpe a un declamador insufrible: “lo paró en seco y le espetó: ‘Usted no es un declamador; usted es un terrorista’”. Una más narra el día que llevó a casa de Fernando Benítez a la segunda esposa de Julio Cortázar, Ugné Karvelis, que se ostentaba como la viuda oficial, con el propósito de obtener recursos para una dudosa fundación, y el modo en que el autor de *Los indios de México* le reclamó, “con su característico apelativo de *bermanito*, la mala ocurrencia que había tenido de llevar a su casa a una puta”. Cuenta también la ocasión en la que una mañana recibió la llamada de larga distancia de Bryce Echenique, quien durante varias horas le hizo escuchar a Celorio los comentarios sobre un libro a la par que lo obligó a brindar repetidamente con él, a pesar de la hora temprana, un whisky trasatlántico. Y así por el estilo.

Debo decir que las anécdotas que más disfruté tienen como protagonista a Umberto Eco. El gran semiólogo fue invitado a la UNAM, a mediados de los años ochenta, para dar una conferencia. Recientemente había publicado *El nombre de la rosa*. El auditorio de

la UNAM se llenó de miles de jóvenes entusiastas (yo entre ellos) que querían escucharlo hablar de su novela. En lugar de eso nos brindó una densa conferencia en italiano (Eco se negó a que hubiera traductores simultáneos) sobre santo Tomás y la escolástica, de la que nadie entendió una palabra, pero que todos aplaudimos. Luego de algunas reuniones oficiales, Eco le pidió a Celorio —que fungía como su chaperón— que lo llevara a algún apartado para dormir una siesta. Celorio lo condujo a su automóvil, que resultó ser una combi. Eco subió al carro, se aflojó la ropa “y sacó del pantalón una antigua moneda de plata que siempre llevaba consigo [...] la encerró en su puño derecho”. Menos de un minuto después “el puño se abrió. La moneda cayó al suelo, y con el ruido que su caída produjo, Eco se despertó. Se abrochó el cinturón y preguntó: ‘¿A dónde vamos?’”. Se fueron al Bar León, célebre antro de esos años, donde Eco se subió al escenario y tocó —“como si hubiera nacido en Cuba”— las tumbadoras de la orquesta. El libro de Celorio termina, gran final, con la imagen del autor de *Apocalípticos e integrados* interpretando, en Garibaldi, luego de muchas copas, “Paloma negra” en un perfecto español.

Así como el libro contiene buenas anécdotas también las hay regulares y malas. Su mayor pecado es la prolijidad. Se regodea con detalles inútiles. A pesar de su admiración por Augusto Monterroso y su estilo lacónico, Celorio no sabe meter freno. Desdeña la máxima “lo bueno, si breve, dos veces bueno”. Consume una gran cantidad de páginas para llegar a un final decepcionante, como ocurre con la anécdota de Sergio Galindo, Echeverría y el whisky. Confieso que la muy extensa crónica de su amistad con Bryce Echenique me dejó perplejo. Páginas y páginas en las que Celorio cuenta cómo Bryce Echenique es más que su amigo, casi su hermano, para rematar

Tan breve, tan insignificante

por **Karla Sánchez**



Liliana Colanzi
USTEDES BRILLAN EN LO OSCURO
 Madrid, Páginas de Espuma, 2022, 120 pp.

Los seres humanos, en nuestro infinito narcisismo, solemos olvidar que no somos la única especie que ha habitado este planeta. Si la historia de la Tierra se comprimiera en un solo día, los seres humanos ocuparíamos solamente el último minuto. En resumidas cuentas, no somos nada. Y eso es algo que Liliana Colanzi (Santa Cruz, Bolivia, 1981) nos recuerda constantemente en varios de los cuentos de *Ustedes brillan en lo oscuro*, libro ganador de la séptima edición del Premio Internacional Ribera del Duero.

Con una clara preocupación por la crisis climática y los desastres ecológicos, la escritora se vale de las herramientas de la ciencia ficción y del horror para mostrar la vastedad del mundo natural, la vulnerabilidad del ser humano y la brevedad de su paso por el planeta. En los seis relatos cortos que conforman el libro queda manifiesto el interés de Colanzi por narrar historias desde puntos de vista atípicos (como el de una cueva o un pequeño átomo) para crear un efecto de extrañamiento que invita a los lectores a preguntarse por el lugar que ocupan dentro de este mundo interconectado.

En “La cueva”, el relato que abre el volumen, la protagonista es la caverna cuyas estalactitas han servido como refugio a escarabajos, troglobios, murciélagos, esporas, hongos, larvas, microorganismos y seres humanos a lo largo de los milenios. El cuento está

en una cruda exposición de los plagios descarados del peruano. “El que realmente se jodió fuiste tú. Y no me cabe en el corazón, amigo querido.” Con esta clase de amigos, ¿quién necesita enemigos?

Dejo al último el capítulo en el que narra su amistad con José María Pérez Gay. La anécdota deja, como en el caso anterior, muy mal parado al autor de *El imperio perdido*. Comienzo por los hechos. Por error, los mensajeros de la revista *Vuelta* llevan a casa de Celorio un libro de Pérez Gay dedicado a Octavio Paz. Resulta obvio que Paz le quiso devolver, repudiándolo, el libro que Pérez Gay le dedicó y en la editorial se equivocaron de dirección. En una reunión del grupo *Nexos*, Celorio le hace creer a Pérez Gay que el libro lo compró en una librería de viejo. Pérez Gay, humillado, le ofrece comprarle el libro, para evitar que se conozca ese gesto de desdén. Celorio se niega a venderle el ejemplar y le promete que guardará el secreto. Como se ve, no lo hizo. ¿Por qué Paz tuvo ese gesto de desprecio? Celorio lo atribuye al escándalo alrededor del Coloquio de Invierno, encuentro organizado por intelectuales de *Nexos* —con la UNAM y el Conaculta como patrocinadores— en clara respuesta al Encuentro Vuelta que Octavio Paz había organizado el año anterior (1990). La anécdota: Celorio cuenta la tensa reunión que sostuvieron Octavio Paz y Enrique Krauze con el rector Sarukhán para quejarse de que habían sido excluidos del coloquio. El rector respondió que, a última hora, se había girado la invitación a Paz. Según Celorio, “el premio nobel quiso recurrir a su práctica habitual de determinar la nómina de participantes, la configuración de mesas y la distribución de los temas”. Celorio falta a la verdad, omite la parte medular de ese encuentro en Rectoría. Paz, como director de *Vuelta*, reclamó la ausencia de Enrique Krauze del coloquio, dado que el Encuentro Vuelta había abierto con generosidad

sus puertas a los más distinguidos miembros de *Nexos*. Se había excluido a Krauze como venganza de Carlos Fuentes por el ensayo que el historiador había escrito años atrás. Paz argumentó que en un encuentro organizado con dinero oficial no cabían ese tipo de exclusiones. Vuelve a faltar a la verdad Celorio cuando afirma que el Encuentro Vuelta no fue financiado con dinero privado, ya que Televisa lo transmitió en los tiempos otorgados por el gobierno. Lo cierto es que Televisa transmitió el encuentro en su canal principal (el 2) y en horarios *premium*. Celorio omite estos detalles en su relato, seguramente porque en esos momentos hacía méritos para ingresar al círculo cercano de Carlos Fuentes, cosa que finalmente logró, como lo testimonia el capítulo dedicado a la muerte de Natasha, la hija de Carlos Fuentes, a mi juicio el peor momento de su libro. La larga crónica dedicada al Coloquio de Invierno desentona notablemente en este libro literario, omite detalles, falsea otros, innecesariamente. La anécdota al servicio de los intereses del autor.

Luces y sombras. *Mentideros de la memoria* es un libro desigual. Desbalanceado. La anécdota descorre la cortina y deja ver la intimidad de personajes creando momentos incómodos. Como ocurre en el largo relato donde minuciosamente da cuenta de la humillación que sufrió en una fiesta Roger Díaz de Cossío. Como la crónica agridulce sobre su “amigo” Bryce Echenique. Como las anécdotas que retratan a un García Márquez solitario, cansado de sus admiradores.

Ojalá más autores se animen en el ejercicio de la anécdota, como ahora lo ha hecho Gonzalo Celorio. Es un género riesgoso pero necesario, porque permite airear un medio tan encerrado en sí mismo como es el medio literario mexicano. —

FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ es crítico literario. Mantiene una columna en *El Financiero*.

dividido en nueve fragmentos breves, que bien podrían funcionar como relatos independientes, cuyo hilo en común es la cueva en diferentes eras del planeta, desde la época prehistórica hasta un futuro con portales que permiten viajar en el tiempo. La idea de que todo está conectado en un caótico balance y de que el infortunio de unos puede ser una bendición para otros, y viceversa, está en el centro del cuento y da la pauta para los demás.

El siguiente relato es “Atomito”, que mezcla la ciencia ficción con elementos de diferentes culturas: el manga y los videojuegos japoneses, las tradiciones andinas, los cómics de superhéroes estadounidenses. “¿Qué va a quedar de este mundo en otros dos mil años?”, se pregunta una de sus protagonistas al ser testigo de un accidente en el reactor nuclear de su comunidad. Misma duda que resuena en la mente de los lectores al leer “Ustedes brillan en lo oscuro”, el conmovedor cuento inspirado en el accidente radiológico de Goiânia de 1987 y que da nombre al libro y lo cierra. Sin pretender hacer un recuento fidedigno de los hechos, Colanzi retoma los efectos que provocó la radiactividad en las víctimas del desastre nuclear y construye un villano que carece de corporeidad, pero que no por eso es menos letal. La luminiscencia radiactiva, pese a su atractiva belleza, provoca enfermedades y muerte en las personas que tuvieron contacto con ella. Colanzi no juzga a sus personajes por la ingenuidad con la que toman entre sus dedos el polvillo brillante y, sin saberlo, se ponen en riesgo: “Ivo [...] se llevó algunas piedritas para pintar de luz el cuerpo de la pequeña Leide das Neves, que quedó encantada con el polvo mágico: la niña se sentó a comer la cena con las manos cubiertas de partículas brillantes.”

La opresión patriarcal se hace presente en “El camino más angosto” bajo un registro terrorífico. La religión se ofrece como la vía de salvación para una comunidad conservadora, cuyos

miembros se mantienen alejados de las amenazas del mundo exterior y solamente conocen lo que pasa fuera a través de una pequeña bola metálica que emana una luz rosada y es llamada metamaterial. Sin embargo, las precauciones de las madres y las amenazas de los padres no sirven de nada porque el verdadero mal, como descubre la protagonista, se encuentra dentro de la comunidad.

Por otro lado, más en la línea de lo fantástico, los dos cuentos restantes, “La deuda” y “Los ojos más verdes”, exploran las maneras en que la realidad es trastocada por lo siniestro, ya sea por el entrelazamiento del destino de dos mujeres o por un pacto demoniaco. A pesar de que poseen una estructura narrativa menos innovadora en comparación con los otros relatos, que destacan por la fragmentación, los saltos temporales, los cambios espaciales y la manera de jugar con las expectativas de los lectores, estos textos sirven para anclar el compendio dentro de la tradición literaria fantástica latinoamericana.

Aun cuando se suele pensar que la fantasía, el horror y la ciencia ficción son géneros que “escapan” de la realidad, en el centro de las tramas de Colanzi hay un posicionamiento sobre cuestiones sociales actuales: la violencia contra las mujeres, la desigualdad y la pobreza, la discriminación y la contaminación. Sus personajes son indígenas y mestizos. Y todas las historias tienen lugar en América Latina, entre las selvas, cordilleras y praderas se manifiesta la violencia de la región. Ese es el verdadero horror que trasciende sus páginas y del que no parece haber escapatoria.

Ustedes brillan en lo oscuro, señaló en entrevista la autora, no pretende ofrecer verdades absolutas, sino una alternativa a la realidad. Deja libre la imaginación para pensar el pasado y el futuro, pero también para tratar de comprender el presente. Las preocupaciones que retrata son universales y al recurrir a una pluralidad de voces

y perspectivas narrativas construye un relato colectivo sobre un territorio en común. Con este volumen de cuentos Colanzi demuestra que, a diferencia del paso del ser humano por este planeta, su narrativa no tiene nada de insignificante. —

KARLA SÁNCHEZ estudió literatura latinoamericana en la Universidad Iberoamericana y es secretaria de redacción de *Letras Libres*.

ENSAYO

Perlas del mar milenario y algunas bestias terrestres

por **Carlos Chimal**



Bill François
LA ELOCUCENCIA DE LA SARDINA. HISTORIAS INCREÍBLES DEL MUNDO SUBMARINO
Barcelona, Anagrama, 2022, 190 pp.



Andrés Gota Hiriart
FIERAS FAMILIARES
Barcelona, Libros del Asteroide/Océano, 2022, 296 pp.

Cuando surcamos el mar, navegamos por un río, bogamos a través de un lago sentimos el rumor del agua, la forma en que golpea nuestro cuerpo, aunque pocas veces, quizá nunca, nos preguntamos si tiene algo que decirnos, al igual que sus numerosos habitantes. ¿Habremos escuchado el ensordecedor, formidable grito del atún? ¿Entendemos al camarón cuando se acomoda para observar el cielo? ¿Debemos desdeñar la astucia de las sardinas? Y las langostas, ¿de veras tocan su violín con las antenas?

Apasionado del mundo marino, Bill François estudió hidrodinámica,

la linterna que alumbró su camino hacia esos ámbitos desconocidos y, no obstante, íntimos, el océano, sus meandros y los relatos que esconden. Pero ¿cómo descifrarlos? No se trata solo de historias construidas con palabras, sino con gestos, alumbramientos, destellos, sombras, oscuridad profunda. François adquirió una habilidad manida, la oratoria, despreciada por muchos debido a que se la vincula de manera irremediable a la farragosa voz de políticos y publicistas. Sin embargo, su talento innato para narrar permitió que estos dos saberes, literatura y ciencia, se conjugaran en el libro que nos ocupa a fin de alentarnos a no perder nuestro lugar en el espacio, encerrados en planchas de cemento, pues tal vez el único sentido que nos queda es el tiempo, si bien este —más de lo que pensamos— se percibe en forma de estrés.

Algo similar sucede con el zoólogo y naturalista Andrés Cota Hiriart. Su elocuencia como escritor lo catapultó a un espacio en el que no caben las planificadoras acerca del daño que hemos infligido a la naturaleza. Al explorar un mundo perdido entre la maleza densa de las islas Galápagos, Cota nos muestra que cada centímetro de este mundo, brutal y abrasador, parece estar escrito en un lenguaje arcaico y críptico. Su libro nos invita a descifrarlo. Basta con imaginar el viaje del agua, por ejemplo, desde un lavabo y su recorrido por el tobogán de las cañerías hasta completar su viaje de regreso al mar. Según cuenta François, le costó años encontrar el modo de recuperar su lugar en la naturaleza viviendo en la ciudad.

Los argumentos a favor de la conservación de las especies vivas y el registro de las extintas no provienen de un discurso cargado de palabrería insulsa ni de consignas ecologistas huecas. Se agradece que François y Cota Hiriart no insistan en explicarnos la naturaleza. Es el poder de su relato el que logra convencernos del riesgo latente a nuestro alrededor.

Cuando las criaturas marinas narran sus historias, en ocasiones contienen ocultas peticiones de auxilio. Nos corresponde a nosotros, afirma François, entender y atender estas señales de angustia.

Incluso la historia de los humanos puede revisarse bajo la lupa de semejantes cuentos, por momentos increíbles. Así, François descubre que la leyenda del vellocino de oro y el accidentado periplo del príncipe griego Jasón por encontrarlo, pues con ello conseguiría ser entronizado, en realidad pertenece a la nacra, el más grande mejillón del mundo. En otro lado se detiene en las suposiciones de Plinio el Viejo sobre las causas que provocaron la sorpresiva derrota de la flota de Marco Antonio durante la batalla de Accio, en 31 antes de nuestra era. Debido a que la rémora, diminuto pez de unos cuarenta centímetros de longitud se adhiere implacable a la madera o cualquier superficie que le convenga, Plinio creyó que miles de individuos habían ralentizado el avance de las galeras. No fue así. Hasta 2018 un grupo de físicos —cálculos, varias simulaciones y mediciones de por medio— descubrieron que se debió a un cambio repentino de la profundidad del agua cerca de la costa, lo cual ocasionó un extraordinario fenómeno hidrodinámico: una ola solitaria impidió el avance de Marco Antonio. Lo demás es historia.

Un argumento que los puristas podrían esgrimir en detrimento del libro de François es el fuerte antropocentrismo que acusa. Cada rato, dentro o fuera del agua, insiste en ponderar el dulce vértigo de escuchar las historias a través del gorgoteo de sus oídos llenos del líquido vital. ¿A qué se parecen la voz de los delfines, los gestos de la lucioperca, las miradas de los pulpos? ¿Es factible hablar de culturas submarinas, lacustres? ¿Los rorcuales comunes del Mediterráneo utilizan un “teléfono”, llamado canal sonoro profundo, para darse serenatas y fijar citas? ¿Escuchar el canto de

las vieiras, conocer la frecuencia de sus chasquidos, deja saber si el agua es pura o está contaminada, y si abundan los depredadores? ¿Las sardinhas han venido para contarle a François sus historias al oído? No cabe la menor duda.

François conoce sus límites. Sostiene que no sabría describir el mundo de los campos eléctricos, entidad impalpable que algunos peces, como las tembladeras, perciben y usan con objeto de enviar señales. Es un misterio que sigue siendo su imperturbable secreto. Pasajes muy disfrutables, salpicados de ironía, son los que suceden en los canales de París, incluyendo persecuciones rocambolescas. Con perversa sutileza François nos muestra los mundos paralelos que conviven sobre las calles de la ciudad luz y debajo de sus entrañas sombrías. Los parisinos acuáticos son elegantes y esnobes, sobre todo en los barrios residenciales; como todo hijo de París que se precie, pretende ser originario de otra parte. François no sabía nada de ellos hasta que se acercó a la banda de los pescadores callejeros que desaparecen en las profundidades del vientre urbano para internarse en su mundo alternativo y secreto, equipados con una linterna y una caña de pescar. Así que la próxima ocasión que caminemos por los canales de Saint-Martin y la ribera del Sena tal vez logremos experimentar una epifanía similar a la de François, quien nos confiesa que desde que conoció a estos *street-fishers*, y gracias a ellos descubrió a los habitantes debajo de las aguas, ya no puede ver París del mismo modo.

Cota también se sirve del humor. En su viaje a las Galápagos repara en lo irónico que resultaría quedar vedado de sus menesteres reproductivos por las fauces de un cocodrilo, precisamente en el sitio que dio claves a Darwin para confeccionar la teoría de la perpetuación de las especies por selección natural. Para su fortuna no pasó nada, lo cual le permitió concluir su libro de manera emotiva. Su

hija, Damiana, cuando contaba con cinco años de edad, quiso saber quiénes eran más importantes, si las personas o los animales en extinción. Cota no supo qué decir en ese instante. Luego creyó prudente modificar la pregunta: ¿qué es más valioso, conservar nuestro estilo de vida o quedarnos sin la mayoría de los organismos con los que cohabitamos el planeta? Saque el lector sus conclusiones, disfrute de dos magníficos libros, intensos, sensibles, llenos de historias honestas acerca de monos acuáticos, galaxias de perfumes, animales salvajes y cetáceos sinfónicos. —

CARLOS CHIMAL es escritor y divulgador científico. Su libro más reciente es *Nuevas ventanas al cosmos* (Loquileo, 2020).

ENSAYO

Una escritora que traduce

por **Liliana Muñoz**



Nuria Barrios
LA IMPOSTORA.
CUADERNO DE
TRADUCCIÓN DE
UNA ESCRITORA
Madrid, Páginas de
Espuma, 2022, 168 pp.

De Ulises a Jay Gatsby, del Quijote a Madame Bovary, de Tom Castro a Enric Marco, la historia literaria está plagada de personajes que, en mayor o menor medida, han pretendido ser otros. Para Fernando Pessoa, el poeta era un fingidor que “finge tan completamente / que hasta finge que es dolor / el dolor que en verdad siente”. No obstante, aunque la impostura ha comenzado a invadir nuestras conversaciones cotidianas, y a ser objeto de análisis por parte de especialistas —es de sobra conocido el llamado “síndrome del impostor”—, son pocos los escritores contemporáneos que se han atrevido a hablar del tema; y, más

aún, a hacerlo en primera persona. En *La impostora* Nuria Barrios se aventura a escribir sobre su yo más esquivo, a diluir las fronteras que separan la verdad y la mentira, a fundirse con su propia máscara.

Ganador del XIII Premio Málaga de Ensayo, *La impostora* es un libro sobre la naturaleza de la traducción, sobre su vínculo con la escritura, sobre la necesidad de ser Nadie para llegar a ser Alguien. Hermanada con obras como *El idioma materno* de Fabio Morábito o *Los enemigos del traductor* de Amelia Pérez de Villar, Barrios nos revela una faceta suya hasta ahora desconocida: la de ensayista. Enfrentada contra sí misma a raíz de la pandemia del SARS-COV-2, decide reflexionar no solo sobre su doble condición de escritora y traductora (“¿Influye el trabajo como traductora en mi escritura? ¿He incorporado rasgos de los escritores que traduzco a mi obra?”), sino también sobre su propia identidad: “¿quién soy yo?, ¿qué soy yo?”. Para la autora —para quien la literatura va más allá de un oficio, para quien su forma de percibir la vida es bajo el prisma de la lectura, para quien la interpretación de su cotidianidad depende en buena medida de los libros que ha leído— las preguntas que se plantea no son en absoluto triviales. Todo lo contrario: ponen en jaque su manera de leer y entender el mundo.

Así, acude en primera instancia a *Una casa lejos de casa*, de Clara Obligado, y *La mitad de la casa*, de Menchu Gutiérrez: “A través de Obligado y de Gutiérrez, me leía [...] Todo giraba en torno al concepto de extrañeza instalado en lo doméstico, en lo familiar: el hogar.” Extranjera de sí misma, obligada circunstancialmente a poner en tela de juicio su noción de “hogar” —que para ella es la lengua—, Barrios se sabe de antemano una impostora: una intrusa para unos, una escritora accidental para otros. No obstante, no es la mirada ajena la que anima este ensayo: es la mirada propia, fundada en la incertidumbre y el

titubeo. Camaleónicamente, Barrios va y viene de sí misma hacia sí misma, sin ser capaz de renunciar a ninguna de sus identidades: “Soy una escritora que traduce. Cuando traduzco, me desdoble: soy la que traduce y soy quien observa a la traductora traducir [...] Como escritora, trabajo con mi voz, la exploro, la afilo.” Y es que ambas, escritora y traductora, son a su modo traidoras: la primera, por darle la espalda al mundo; la segunda, por darle la espalda al lenguaje. *Traduttore, traditore*. En cualquier caso, cada tarea entraña una intensa inmersión en el yo, la búsqueda de aquello que une las palabras con las cosas, el abandono de la realidad conocida para aproximarse a la realidad *real*.

Hilvanando lecturas y experiencias, Barrios nos ofrece un recorrido —libresco, inteligente y divertido— por su propia vida, por su modo de entender la escritura y la traducción. No se trata de un camino recto: en las primeras páginas se advierten ciertos deslices hacia el lugar común, hacia las florituras innecesarias, hacia la afectación. Por ejemplo: “Tiemblan las



palabras y, con ellas, las estrellas, la noche, los rostros, el viento, el canto de los pájaros [...] Tiembla el universo entero y su temblor es contagioso.” Sin embargo, sorteados los capítulos iniciales, e instalada definitivamente en el tono ensayístico, Barrios pone de manifiesto una erudición, amabilidad y capacidad narrativa que inevitablemente recuerdan —no seré la primera en advertirlo— a Irene Vallejo en *El infinito en un junco*. De este modo, nos encontramos con anécdotas interesantes, planteamientos agudos y citas literarias que sirven como punto de partida para ilustrar ideas avezadas pero plenas de sentido con las que Barrios se propone traducirse a sí misma: “Si en la escritura se da un ensimismamiento, en la traducción se produce un extrañamiento.”

En el camino, se habla de las traductoras —de Carmen Gallardo, traductora de E. T. A. Hoffmann, a Paula, la viuda romana que colaboró en la traducción de la Vulgata, o Margarita Nelken, posible traductora de Kafka—, de las interpretaciones de la Biblia y *El segundo sexo* —destaca la hipótesis de la rabiña Delphine Horvilleur, quien propone que la interpretación correcta del término hebreo *tzela* es “costado”, no “costilla”, con lo cual la historia de la creación del hombre y la mujer vendría a estar más cerca del mito platónico que del Génesis—, de la estirpe de Babel —considerada más una bendición que un castigo divino—, de la relación con los escritores —Barrios es, entre otras cosas, la traductora de Benjamin Black (seudónimo de John Banville para sus novelas negras) y Amanda Gorman—, de las distintas escuelas de traductores o de la precariedad del oficio.

Tras el apuñalamiento de Salman Rushdie en agosto pasado, en Nueva York, no puedo dejar de mencionar su caso, que Barrios explica con exhaustividad: el autor, a raíz de la publicación de *Los versos satánicos* (en oposición al islam, el profeta y el Corán), no es el

único asediado por la fetua del imán Jomeini, pues “todos los implicados en su publicación” están sentenciados a muerte. El traductor de Rushdie al japonés, Hitoshi Igarashi, fue asesinado; el hotel donde se hospedaba el traductor turco, Aziz Nesin, fue incendiado por extremistas islámicos, aunque él sobrevivió; el editor noruego, William Nygaard, fue víctima de tres disparos en la espalda. El origen de la fetua: un error en la traducción de *The satanic verses* (en árabe, *Ayat ash-Sbataniya*, cuyo término *ayat* alude a los versículos sobre diosas locales que Mahoma incluyó en el Corán para convertir a los vecinos de La Meca y que más tarde suprimió, pues refirió haber sido víctima de una treta de Satán).

Quizás el aspecto más controvertido de *La impostora* sea el concerniente a la visibilidad que merecen los traductores. Por un lado, Barrios señala que “el anonimato es uno de los requisitos del oficio. La clandestinidad, el olvido de sí, subrayan el placer verbal”, mientras que por otro afirma que “para que los libros traducidos que llegan a nuestras manos sean la mejor versión posible, es preciso visibilizar a quienes traducen. El primer paso indispensable sería escribir sus nombres en la portada de los libros”. ¿Es el traductor un fantasma que recorre sigiloso el libro que traduce, o está a la par del creador y tiene, por tanto, una responsabilidad igual a la suya? Aunque esta cuestión es largamente debatible, considero que el traductor es el siervo del texto, al que se debe acercarse con humildad, sin afán de protagonismo. Su mérito no es menor, desde luego, como tampoco lo es el del corrector de estilo o el editor, pero su imprescindible labor se debe ponderar en su justa medida, sin pecar por exceso o por defecto.

Contrario a lo que plantea al inicio de este ensayo, Nuria Barrios conjuga en su haber la traducción y la escritura. Es ella misma quien da con la clave: “La traducción es el único modo

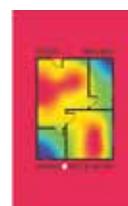
humano de leer y escribir al mismo tiempo.” Tiene la fortuna de no tener que elegir: es, a la vez, la escritora y la traductora. Es ambas. Es Nadie. —

LILIANA MUÑOZ es crítica literaria y coeditora de la revista electrónica *Criticismo*.

POESÍA

El poeta legendario y el poeta joven

por Pablo Baler



José Kozer
y Enrique Winter
VARIACIONES
DE UN DÍA
San Francisco de
Limache, Provincianos
Editores, 2022, 102 pp.

La abstracción es una manera de evadir el mundo real, sino de abrazar todas sus posibilidades.

Sergio Pitol

El título de la primera novela de Ben Lerner, *Leaving the Atocha station*, fue extraído textualmente de un poema de John Ashbery. Esa cita (en ambos sentidos de la palabra) ya revela la admiración que Lerner, poeta joven, tenía por el legendario Ashbery.

Variaciones de un día, con poemas de José Kozer (La Habana, 1940) y Enrique Winter (Santiago de Chile, 1982), es un diálogo de pliegues y repliegues íntimos, que tiene algo de esa relación entre Lerner y Ashbery, sobre todo porque también está basada en la sorpresa mutua de un puente tendido entre dos generaciones a décadas de distancia; además de construirse como una conversación abierta entre dos poetas obsesionados por el lenguaje.

Fue Kozer quien tuvo la idea de ensayar “una nueva estrategia por y para la poesía” que trascendiera la individualidad y lograra empalmar

dos voces. Así nació este libro que reúne poemas (quizá los más personales) de Kozer y Winter, construyendo destellos de pensamiento poético con los ritmos de una conversación. Visualmente, contrapone la verticalidad de los poemas de Kozer (“mis longanizas” diría él) a la horizontalidad de los poemas de Winter, bloques de espíritu caligramático donde entran en tensión eléctrica el espacio positivo del texto y el negativo de la elipsis.

Los poemas de *Variaciones de un día*, como era de esperar, apuntan a dislocar tanto la sintaxis como nuestros horizontes de expectativas. Pues en el caso de ambos poetas se trata de una escritura gestual, de un expresionismo digresivo, de paréntesis, suspensos, parataxis, de encabalgamientos, despeñamientos y descabros.

Sin embargo, se vislumbra a través de estos tejidos desconcertantes el material de que está hecha esa expresión: la vida misma. Más allá de la desfamiliarización que en los mejores momentos nos lanza a una especie de exilio de la conciencia, hay en estos poemas un rescate minucioso de elementos reconocibles de la vida cotidiana (incluso de la vida doméstica; monástica se diría en Kozer) como un rescate de lo más elemental.

Valga citar instantes de este libro, obviando distinguir entre sus dos autores, como forma de celebrar la lógica de *cadáver exquisito* que propone su método paranoico-crítico: *La verdad de la casa. Ciertos amaneceres de mayo en Ámsterdam. Las moradas de Teresa. Guadalupe. La presencia del espacio. La plata de las noches. Los primeros pasos del día. Una buena nevada. El hijo que se demora adentro. Un padre despertando de la siesta. La sagrada familia. El tallo, la raíz de las palabras. Incluso: El bicho en el ambiente que se lo come todo. Incluso: un mundo que se despeña.*

Los presentes y los futuros lectores advertirán así que en el cuerpo de todo poeta abstracto sigue palpitando el alma de un poeta conversacional. Que el aullido inescrutable del poeta

neobarroco revela una melodía interna cargada de significación; la melodía de un neo-alumbramiento.

La línea de fuego que recorre *Variaciones de un día*, diálogo (como apunta la contratapa) “entre el maestro jubilado y el padre primerizo”, es la tensión entre un cuerpo que se degenera y un cuerpo en gestación. La imagen de un cuerpo que envejece y se corrompe (blefaritis, almorranas, glaucoma, ceguera, muerte) contrasta con la de un cuerpo que se engendra, que nace, crece y gatea...

En este diálogo entre el poeta legendario y el poeta joven, en esta cadena de oro de muertes y nacimientos, en estas variaciones (casi hipnóticas) de noches y de días, se establece una circularidad que remite al soldado que se va y el soldado que llega en *El desierto de los tártaros* de Dino Buzzati o al maestro que se va y el maestro que llega en “Luvina” de Rulfo. Pero no hay pesimismo, no hay desolación en la circularidad de *Variaciones de un día*, todo lo contrario: es un libro de esperanza, porque por sobre todas las cosas es un libro de agradecimiento a la vida.

El novelista norteamericano Nicholson Baker dijo que toda novela (pero podríamos reemplazar y decir que todo poema) responde a una única pregunta: “¿Vale la pena vivir?” La respuesta que en ese sentido ofrece *Variaciones de un día* es un rotundo sí.

En una reseña que Ashbery escribió sobre *Stanzas in meditation*, de Gertrude Stein (una poeta que a su

vez le llevaba a él cincuenta años), dice: “El poema es un himno a la posibilidad, una celebración del hecho de que el mundo existe, que las cosas pueden suceder.” Lo mismo me animo a decir de este libro: Una celebración del hecho de que el mundo existe, de que las cosas pueden suceder y de que aquí estamos para vivirlo. Paradójicamente inspirado durante la pandemia, momento único en nuestra historia que canceló, que puso en pausa el correr del tiempo, este diálogo de un eterno retorno entre *el maestro jubilado y el padre primerizo* revela una esperanza retrospectiva hacia nuestros ancestros y una esperanza prospectiva hacia nuestras descendencias.

Ben Lerner había dicho: “Estoy mareado por la suerte que tuve de que mi vida se haya superpuesto con la de John Ashbery, una de las cosas buenas de haber nacido cuando nació.” Lo que hace Lerner con esa frase es reescribir a su manera la bendición judía del SHEHIANU, o sea el agradecimiento de haber llegado vivo al milagro de este momento. Me imagino, leyendo entre líneas los diálogos que conforman *Variaciones de un día*, que una sorpresa y un agradecimiento similar deben haber sentido Kozer y Winter. Una sorpresa y un agradecimiento que también aguardan al futuro lector. —

PABLO BALER es novelista, crítico y profesor en la Universidad Estatal de California en Los Ángeles. Su libro más reciente es *El lejano desorientado* (Rialta, 2022).



LETRAS
LIBRES

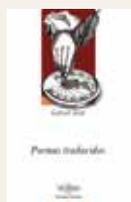


¡Suscríbete! 12 números \$780 pesos mexicanos

POESÍA

Testimonios de la vida propia de un poema

por **Julio Hubbard**



Gabriel Zaid
POEMAS TRADUCIDOS
Ciudad de México,
El Colegio Nacional,
2022, 404 pp.

Poemas perfectos y, sin embargo, siempre en la búsqueda de combinaciones. Propios y apropiados. De eso va *Poemas traducidos*.

Hay formas poéticas del trabajo editorial: una disposición, un ritmo, una propuesta en la formación. Siempre es un quebradero de cabeza, para autor y editor, saber en qué lugar va un poema, qué ritmo de lectura propone este acomodo o aquel otro. Y Zaid propone un juego, no un pasatiempo; algo parecido a los juegos matemáticos, que obligan a articular intuiciones de necesidad con recursos libres. No es una museografía sino una suerte de archipiélago de cinco islas: poemas de otros poetas, una breve antología de Vidyapati, otra de Pessoa, poemas de las lenguas indígenas del norte de México y las traducciones de los poemas suyos. Pero no conforman un orden secuencial sino una suerte de artefacto cuya estructura parece más espacial que plana. Una geometría. Y un juego.

Cada parte del libro tiene una coherencia propia, por más que todos quedan enhebrados por una misma línea, indefinible, pero siempre reconocible. Hace tiempo, cuando Gabriel Zaid publicó poemas bajo pseudónimo, Octavio Paz le hizo ver que resultaba inútil: algo hay en la obra de Zaid que resulta intransferible e imposible de imitar ni imposter. Y se deja ver también en las traducciones, donde en general podría ser fácil disfrazarse. Este libro de traducciones, reunidas por primera vez, y habitado por decenas de poetas y de versiones, es un libro de Gabriel Zaid.

Con todo, ese algo que lo vuelve siempre reconocible no es sello ni cifra ni se puede señalar. Cuando fueron apareciendo, a lo largo de sesenta años, una traducción

por acá, otra allá, no había sino un poema, cada poema, como entidades específicas. Es solamente en la reunión de todos que emerge esa suerte de certeza: esto es de Gabriel Zaid.

Y es un mundo: veinticuatro idiomas, más de ciento cincuenta poetas, traductores, compiladores (todo con sus índices); obras de llegada al español y de salida a otras lenguas. Más acá de la poesía, un trabajo bárbaro de organización y disposición de todo eso. Quienes hemos tenido alguna experiencia editorial con Zaid, lo tememos: no hay detalle menor. Y este libro está lleno de complejidades notorias; chino, japonés, esos caracteres insólitos del checo, la falta de seriedad de los acentos en el griego moderno... y no hallo ratonera que no quedara desactivada. Además, el acierto en la tipografía y la formación de páginas. Eduardo Mejía acompañó a Zaid en un trabajo encomiable.

Las trazas cuentan, pero lo importante es la poesía. Y los *Poemas traducidos* abunda en formas, modos, ángulos. Primero hay versiones de Zaid de poemas de muy amplia gama: quince poetas, con un rango inmenso de tonos, voces, intenciones, desde la suavidad de los versos de Safo hasta el más duro laconismo explosivo de Paul Celan. Griego, alemán, polaco, francés... con ayuda de intérpretes o de modo directo, queda claro que no son asignaturas sino elecciones libres: poemas que intriguaron o sedujeron a Zaid y no había mejor modo de leerlos que meterse en ellos y observarlos en su forja.

La segunda parte son las Canciones de Vidyapati, un libro pequeñito de suyo, con una serie de poemas eróticos, amorosos y en ese registro hindú, admirable, que canta el amor, y el encuentro de los cuerpos en un ámbito de sacralidad. Y se sigue de las coplas de Fernando Pessoa, quizá las traducciones más cercanas al original, por lo que a técnica se refiere: sin perder el canto del portugués, Zaid rescata metro y rima en español. Y parece cosa fácil, una vez que ha quedado, pero es engañosísimo: es muy difícil que una traducción de canciones populares quede, en efecto, como canto.

Con esto sería ya un estupendo libro. Pero no es ni la mitad. La parte central es para una obra de veras rara: la "Poesía indígena del norte de México" es inclasificable. No es cosa antropológica ni etnológica; tampoco es un catálogo. Zaid buscó, indagó, consiguió entrevistas, grabaciones, textos y registros olvidados de trece lenguas indígenas. Buscó poesía y la halló, incluso en lenguas de las que se suponía que no quedaba nada. Entre canciones, juegos, ritos, poemas, refranes, obtuvo una panoplia extraordinaria. A veces, solo un par de piezas brevísimas; otras, tuvo que seleccionar entre muchos poemas. Cantos de sabiduría del kikapú, cantos genésicos del kiliwa, canciones de labor (algo que el progreso y las modernidades nos borraron: el canto, la danza, el ritmo son parte

fundamental de la producción en el trabajo) y hasta poemas inquietantes, como la “Muerte del Creador”, en el que Dios ha de morir para que surja la vida...

Las lenguas aparecen ordenadas alfabéticamente, comenzando por los apaches y hasta los zuñis. Cada lengua lleva una pequeña introducción (Zaid puede disponer cantidades inmensas de información en unas pocas líneas, como sabe ya cualquier lector de sus ensayos y artículos) y se sigue de los poemas. De hecho, cada pieza de estas lenguas apareció aquí, en *Letras Libres*. Pero reunidas son mucho más que la suma de sus partes: una antología feliz, con un dejo melancólico: varias, son lenguas que se vuelven, no a saludar sino a despedirse.

La parte final es otro acierto: los poemas de Zaid se acompañan con las versiones a otras lenguas. George McWhirter ha traducido todos al inglés, con cuidado y buenas hechuras. Pero hay muchos otros traductores, y el resultado es interesantísimo: es como si cada traducción ofreciera siempre algún ángulo nuevo, o descubriera consonancias, analogías que uno no había visto. El efecto es un extrañamiento respecto de la propia lectura, la que uno había hecho y que juzgaba completa. Claro que no: los poemas, dijo el clásico, no se terminan: se abandonan. Igual es la lectura.

Es una ironía que el libro comience con un poema de Voltaire (“Les pour”), que recibió título nuevo en español: “Lamentando un discurso de ingreso a la Academia”. Conservada la sonrisa pícaro de Voltaire, el poema (¿adrede?) parece abrir de capa la fractura que suele hallarse entre las traducciones, digamos, académicas y las versiones cuyo valor está en la apuesta poética, o literaria. Se entiende perfectamente la necesidad de que una traducción sea casi una esclava de su original. Nadie querría un Kant, por ejemplo, a quien su traductor le cambiara términos, o le suavizara la sintaxis, para hacerlo más legible. Muchas traducciones de poesía suelen ser calcas informativas, como si se tratara de “textos” y no de poemas, pero con la poesía, mejor ni meterse si uno no está dispuesto al misterio.

Por supuesto que importa el original, y ese no es nunca un atolladero en este *Poemas traducidos*. Más allá de la servidumbre, Zaid apuesta varias veces por el poema, en vez del texto. Por ejemplo, el soneto 66 de Shakespeare, cuyos versos finales son:

Tir'd with all these, from these would I be gone,
Save that, to die, I leave my love alone.

Se transforma, o se apropia como:

Asqueado de todo esto, preferiría morir,
de no ser por tus ojos, María,
y por la patria que me piden.

No es una traducción servil, ni siquiera una versión fiel, sino otra cosa: una vida propia en una lengua que no quiere ser putativa sino propia para un poema. Mis amigos puristas se me enojan cuando digo que me gusta Glenn Gould. ¿Es Bach, eso? Sí, no, también. Es el caso con este soneto: es Shakespeare, o no, o también. Pero además de la sorpresa, se trata de un estupendo remate para un poema, en una encrucijada entre la apropiación, la influencia, el homenaje.

Y sugiero, en sentido inverso, para los poemas de Zaid que emigraron a otra lengua, que se vea un caso semejante. El poema “Rumor de agua en el bosque”, que aparece en dos versiones inglesas y una japonesa. La fiel, de George McWhirter, siempre correcto y con buen oído, y la recreativa, de Eliot Weinberger. En la segunda estrofa central (el poema tiene tres ejes espaciales), el poema de Zaid dice:

Páginas
de lo eterno
sin retorno

Las rimas
de las risas
se perdían consonando
con el agua

las hojas
de los ojos
como papel volando
deshojadas

Y Weinberger tradujo esto:

Drunk
like Li Po
releasing eternity

There they go

Leaves
of eyes

rhymes
of laughter

¡Li Po!, ¿de dónde? Del mismo lugar del que proviene María para habitar el soneto 66: el poeta que no se resigna a tratar textos; del traductor que reconoce la poesía y no la obediencia. La versión de Weinberger es mucho mejor que la otra traducción inglesa. Li Po, ebrio, *releasing eternity*... Son traducciones que son lecturas donde la propia lengua cede a la pulsión de la danza. A veces sucede eso: un poema se apropia de su traductor y lo convence de ir a un puerto distinto. Son testimonios de la vida propia de un poema, que hace lo que conviene y se niega a obedecer, y a veces se inventa una vida nueva. —

JULIO HUBARD es filósofo, poeta, ensayista y traductor. Este año, Cinosargo Ediciones pone en circulación una nueva edición de *Sangre. Notas para la historia de una idea*.